

Laura Fernández Cordero, 2017.
*Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron
 y ejercieron la libertad sexual.*
 Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 240 p.

4

Un concierto de voces que estalla en esa pretendida radicalidad es de lo que trata *Amor y anarquismo*. Con las palabras iniciales de Roland Barthes de *El placer del texto*, que nos recuerdan que “La escritura es esto: la ciencia de los goces del lenguaje, su kamasutra (de esta ciencia no hay más que un tratado: la escritura misma)”, comienza el libro de Laura Fernández Cordero que nos invita a una reflexión profunda. Su introducción, “Una sensibilidad libertaria para el activismo contemporáneo”, presenta los viejos debates anarquistas en torno al amor libre, la emancipación de la mujer, la lucha de clases y la destrucción del matrimonio burgués, entre otras cuestiones. Esos debates dentro de la prensa anarquista argentina se ciñen al período 1880-1930. El diálogo entre pasado y presente es una de las aristas más interesantes del libro. El anarquismo fue, según la autora, precursor de la politicidad del sexo, manteniendo la premisa de que la emancipación humana no tendría significado sin la emancipación sexual. De las intensas polémicas abordadas por la autora se desprende la reflexión sobre la subjetividad revolucionaria, tema no menor. Hubo allí obstáculos, quizás el más notorio fue el marco heterosexual y la imposibilidad de pensar identidades fuera de lo dicotómico. Los seis capítulos que conforman el libro recuperan el aporte anarquista a la discursividad sexual del período. Es allí donde está el aporte fundamental de la obra de Fernández Cordero, pensar en una sensibilidad hacia la condición sexuada “de los cuerpos de la política y del amor.”

El primer capítulo, “Anarquistas en la Argentina (1880-1930)”, aborda un movimiento multiforme, diverso y políglota, dicha heterogeneidad se acrecentaba en Buenos Aires, donde la prensa era el motor de la difusión de ideas. Entre las publicaciones más conocidas, se encontraban *La Protesta Humana* (1897), luego denominada *La Protesta* (1903) y *La voz de la mujer* (1896). En los años veinte, se suman *La Antorcha*, *La Palestra*, *El libertario*, *Nuestra Tribuna*, a cargo de mujeres, entre muchas otras publicaciones cuyo objetivo era despertar las conciencias e iluminar a los oprimidos. La prensa fue un concierto de voces que en definitiva actuaron como un elemento central en la construcción colectiva de la identidad anarquista. El llamado a la emancipación femenina es aquí un punto central abordado por la autora. Esos discursos se entrelazan desde su perspectiva con los referidos a las relaciones sexuales y afectivas. Aunque esas cuestiones no estaban presentes solamente en el anarquismo, es notable la presunción de que esos principios llevarían a una nueva subjetividad. La revolución modificaría en ese sentido todas las relaciones, incluso las amorosas.

Otra de las cuestiones importantes del libro se relaciona con el trabajo en torno a la opresión y la liberación de las mujeres entendida desde diversas operaciones. Las anarquistas concebían la lucha como social y rechazaban el feminismo sufragista. Dice la autora que éstas se anticiparon, en cuanto a las cuestiones que plantearon, a la segunda ola.

El segundo capítulo recupera a la mujer, tal como lo señala su título: "Otra voz en el concierto social". Allí Fernández Cordero retoma *La voz de la mujer* (1896-1897), la primera publicación anarquista escrita y dirigida por mujeres y se pregunta cómo leerlas. Traza un camino de investigación donde ellas no son objeto sino un sujeto que toma la primera persona para encabezar la lucha colectiva. Allí se plantean temas como la opresión sexual, el aborto, la sumisión, la sumisión en el trabajo y el hogar. En definitiva, como ilumina el libro, las mujeres además de hablar, desean. En esa línea prosigue con el capítulo tercero, "Utopías amorosas", que trata sobre los anarquistas que fundaron la Colonia Cecilia en Brasil, cuyas prácticas de organización, pero fundamentalmente sus amores, analiza la autora. Allí surgirían varios debates sobre el carácter que debían tener las uniones y si el amor libre era conveniente. La omisión de la homosexualidad es el punto sobre el cual apunta en su análisis. Rossi, su líder, concebía que dicho experimento serviría para mostrar la organización social. Siguiendo a Fourier, pensaba en las problemáticas en torno a la manera en que se organizaban las pasiones. El punto central era la transformación de las relaciones de amor, la subjetividad y la vida cotidiana. El reto

más notorio era la aceptación masculina de la libertad de las mujeres y el límite que vuelve a encontrarse en la homosexualidad. En "Donde se lee *La Protesta*, arde todo", el cuarto capítulo, la polémica se lleva la mejor parte en relación al "amor libre". El debate muestra las tensiones presentes, se llama al orden pero nuevamente el sobresalto se hace sentir. Esto es retratado de una forma muy interesante por la autora que muestra las marchas y contramarchas, los matices, la diversidad a partir de un rico material documental que despliega aquí y en toda su obra. "Amor y revolución en primera persona" constituye el quinto capítulo. Allí aparecen en escena Anita Lagouardette y Francisco Denambride, Delia Segovia, Juana Rouco, América Scarfó y Severino Di Giovanni. El énfasis en la revolución cotidiana que estuviera ligada a la intimidad, el encuentro entre subjetividad, amor y emancipación, se aprecia en estas escenas, con límites y desafíos que vuelven a presentarse. Realiza el cierre "Una tribuna propia", el sexto capítulo, que deja caer el telón con el protagonismo de las mujeres, cuya presencia es indiscutible en un campo conflictivo, ya sea porque escriben, por su problematización o por escritos sobre éstas. Algunas fueron más allá, en busca de un periódico propio. Es aquí donde la mirada se posa, excediendo a Buenos Aires, sobre publicaciones de Tandil y Necochea en los primeros veinte. Una cuestión complejiza el abordaje: la autora piensa a las mujeres cruzadas por diferencias ideológicas, de clase y hasta de recursos intelectuales. La interpelación universalista choca, como queda claro en el libro, con la diferencia sexual.

El aporte fundamental de la autora es, sin dudas, plantear que la revolución, para el anarquismo, fue necesaria en la vida cotidiana, en las relaciones sexuales y afectivas, ya que ésta excede la lógica del Estado y del derecho. Como advierte, si bien la emancipación de la mujer no es propia del anarquismo, es central en su ideario. A pesar de su radicalidad, la autora insiste en el límite claro del anarquismo frente a la homosexualidad y en un eje de menor discusión en torno a la maternidad. Con ansiedades y límites acerca de la concepción de la emancipación de la mujer y la cuestión sexual, allí aparece el miedo hacia su figura activa y deseante y ante los amores libres. El mayor de esos miedos surgía frente a la homosexualidad entendida como la degeneración de la especie y de la sociedad. Como afirma con lucidez la autora, el anarquismo no estuvo a salvo de las prescripciones y produ-

jo otras normatividades y elementos de exclusión. Otro punto nodal del libro es salir de Buenos Aires, ciudad que, a pesar de concentrar la mayor parte de la producción libertaria, no puede considerarse como el país en su totalidad. Es allí donde la autora favorece una perspectiva que privilegia la heterogeneidad de características, sean generacionales, de género o étnicas, entre otras.

La obra en su conjunto realiza un despliegue de problemáticas sostenidas por una intensa labor documental que puede apreciarse en todo el libro. Propiciar el abordaje de las continuidades y las rupturas, potenciar los matices y complejizar el análisis de cuestiones no acometidas con anterioridad hacen de ésta una obra indispensable no sólo para el campo de estudios específicos al que se refiere sino para pensarnos y deconstruirnos en un diálogo intenso entre pasado y presente.

María Soledad González
Universidad Nacional del Centro / CONICET